
LOS PROCESOS DE LECTURA BASES TEÓRICAS

Durante décadas, la idea básica sobre la lectura ha sido que leer es poco más que reconocer ciertos símbolos gráficos y asociarlos a sonidos para transformar lo escrito en oral y aplicar luego, sobre ese discurso ya oralizado, las habilidades de comprensión de la lengua hablada. Desde esta perspectiva, aprender a leer no era sino adquirir la capacidad de reconocer tales símbolos y aprender las reglas que los asocian a los sonidos.

Puesto que, además, se pensaba que la capacidad de reconocimiento visual y el aprendizaje de los sonidos de la lengua eran procesos sujetos a una lenta maduración durante los cinco o seis primeros años de vida, la actividad central del profesorado de Educación Infantil era la de ayudar a esa maduración (*prelectura*) para que los niños llegasen preparados para aprender las reglas del alfabeto en 1º de Primaria. Evidentemente, la tarea básica del profesorado de este curso no podía ser otra que enseñar esas reglas y darle a sus alumnas y alumnos la cantidad de práctica sobre ellas necesaria para que oralizasen las letras con precisión y, a ser posible, rapidez.

Desde la década de los 70, sin embargo, han sido muchas las investigaciones que nos han demostrado que no existe relación significativa y consistente entre el aprendizaje de la lectura y el nivel de adquisición de aquellas habilidades “madurativas” con que los niños acceden a primero. Y ello sin mencionar que contamos ya con cientos de experiencias de enseñanza que nos han demostrado que, si sabemos instruirles, niños supuestamente *inmaduros* (preescolares y niños con discapacidad psíquica, por ejemplo) aprenden a leer.

Afortunadamente, la constatación de que durante años hemos estado en un grave error ha ido acompañada de un esfuerzo sin precedentes en la investigación psicológica y educativa sobre la lectura y su aprendizaje que, en estos momentos, nos permite tener una visión general sobre tales fenómenos mucho más correcta. No hay duda de que tenemos mucho que aprender aún ni de que en muchas de nuestras ideas actuales estamos también equivocados, pero lo que ya sabemos es mucho más eficaz para basar nuestra práctica escolar en ello y, de hecho, se ha podido comprobar que muchos problemas han empezado a resolverse cuando los hemos abordado desde estas nuevas perspectivas.

1. DOS MODOS DE LEER UNA PALABRA ESCRITA

Empezando por la lectura de palabras, entendida no como simple “sonorización” u oralización de lo escrito, sino como el acceso desde representaciones escritas a los significados de las palabras que tenemos almacenados en nuestra memoria, hemos aprendido, por ejemplo, que es una actividad compleja que el lector experto no realiza siempre del mismo modo, sino de dos modos diferentes que dependen de la familiaridad que ya tenga con la palabra escrita concreta que esté leyendo. A uno de esos modos de leer se le ha dado en llamar **vía directa** o **ruta léxica**, mientras que al segundo de ellos se le ha denominado **vía indirecta** o **ruta fonológica** de lectura.

Como puede observarse en el [Gráfico nº 1](#), la ruta léxica o directa no es otra cosa que el reconocimiento *a golpe de vista* de la palabra escrita, que es percibida por el lector globalmente, tal y como ocurre cuando observamos y reconocemos un rostro (o cualquier otra imagen) familiar, por lo que sólo es posible con las palabras escritas que el lector ha visto antes y de las cuales ha formado y guardado una representación visual en su memoria.

En cuanto a la ruta indirecta, es lo que tradicionalmente hemos llamado “desciframiento”, es decir, consiste en la transformación sucesiva de las letras en sonidos, mediante la aplicación de las reglas del código alfabético. A diferencia de la anterior, por tanto, en esta segunda manera de leer una palabra la comprensión no se alcanza directamente, sino que exige que primero se transforme lo escrito en oral (lo que técnicamente se denomina “recodificación fonológica”).

Ninguno de ambos modos de lectura es, sin embargo, tan simple como aparenta, y muy especialmente el segundo, por lo que pasamos a describirlos con detalle, ya que las dificultades de aprendizaje de la lectura pueden ser enormemente selectivas y necesitamos saber dónde falla exactamente un aprendiz de lector para poder ayudarle con eficacia.

1.1. Lectura a través de la ruta léxica o vía directa.

Como se ha dicho, la única condición necesaria para que pueda leerse por vía directa es que el lector cuente en su memoria con una “representación” de la palabra que ha de leer, esto es, con una imagen mental que podríamos considerar como una especie de “fotocopia” de aquella (lógicamente, puesto que lo que está representado en la memoria es una copia de una palabra escrita, dicha representación ha de ser una imagen mental de tipo visual), denominándose en la jerga psicológica **léxico visual**

al conjunto de todas esas representaciones que una persona tiene almacenadas en su memoria (una especie de álbum mental en donde se archivan esas “fotocopias” de las palabras leídas).

Una persona con años de experiencia de lectura tendrá un enorme léxico visual, formado por miles de representaciones, de “fotocopias” de palabras escritas, mientras que el de un niño de segundo curso de Primaria probablemente estará formado por sólo unas pocas decenas de representaciones visuales; por eso el primero lee mediante la ruta directa la mayor parte de las palabras que aparecen en un periódico, en los

anuncios publicitarios, en un libro de texto de Primaria... mientras que el segundo sólo podrá leer de este modo esas pocas palabras de las que ya ha formado una imagen visual que ha guardado en su memoria. Esto es así no porque el niño sea más joven e inmaduro, sino porque su experiencia con lo escrito es muchísimo menor.

El lector novato se diferencia del experto, pues, por la cantidad de palabras que puede leer por vía directa (que depende directamente del tamaño de su léxico visual), pero también en el tiempo que tarda en reconocer cada palabra: como lee menos a menudo que el experto, el novato “refresca” menos las representaciones visuales de las palabras que tiene en su memoria, de modo que tarda algo más en reconocer cada una de ellas, aunque apenas sea unas milésimas de segundo en cada palabra (al igual que tardamos algo más en reconocer el rostro de un conocido al que vemos de año en año que el de las personas que miramos a diario).

Más allá de estas diferencias, el proceso que el experto y el novato siguen cuando usan la ruta directa para leer una palabra es, básicamente, el mismo: (1) observan la palabra escrita y la comparan con las “fotocopias” de que disponen en su léxico visual (por supuesto, no se trata de un proceso consciente ni voluntario, sino de un fenómeno perceptivo automático); (2) una vez identificada, acceden a los significados que tienen asociados a ella en su memoria.

La expresión “acceder a los significados” resultará seguramente extraña, pues solemos tener la impresión de que el reconocimiento de una palabra y la comprensión de su significado son procesos simultáneos, pero lo cierto es que no es así, ya que los significados de las palabras (sus “representaciones semánticas”) se encuentran almacenados en un *lugar* de nuestra memoria diferente al léxico visual. Comprender una palabra es algo diferente a reconocerla visualmente, de modo que cuando se lee por vía directa hay que acceder primero al léxico visual y, a continuación, acceder desde éste hasta el almacén de los significados, que se ha dado en llamar **sistema semántico**.

Cuando leemos en voz alta, como hay que pronunciar la palabra, es preciso además que el lector active a continuación la “representación articuladora” de la palabra leída y que su cerebro dicte las órdenes oportunas al aparato fonador para que efectivamente la pronuncie.

Para que esto ocurra, evidentemente, el lector debe tener en su memoria dicha representación articuladora, habiéndose dado en llamar **léxico fonológico**

al conjunto de las representaciones de este tipo de las cuales dispone una persona: si el léxico visual es una especie de almacén de “FOTOcopias” de las palabras escritas, el léxico fonológico viene a ser una especie de almacén de “FONOcopias”, cada una de las cuales se ha formado al decir una y otra vez determinada palabra. Del mismo modo que al repetir una serie de movimientos con el brazo y la mano la serie llega a automatizarse (piense en cómo cambia las marchas del coche al conducir), al decir una palabra reiteradamente llega a formarse también memoria de la secuencia de movimientos articulatorios.

El conocido fenómeno de “tener algo en la punta de la lengua” no es sino

la consecuencia de un fallo en el acceso al almacén de esas huellas de memoria, al léxico fonológico: sabes lo que quieres decir y eres capaz de descartar todas las posibilidades que te van diciendo tus interlocutores, hasta que de pronto “se abre” la puerta del almacén y la palabra parece salir por sí misma y sin esfuerzo.

En cualquier caso, lo que queremos resaltar en este momento es que este último tramo del trayecto *no es propiamente un tramo “de lectura”* cuando se lee por vía directa, ya que no afecta al acceso al significado. El sonido, lo oral, son cuestiones ajenas a la lectura por vía directa y conviene que el profesor de Educación Especial no lo olvide en ningún momento, ya que son muchos los niños que, por diversos motivos, tienen problemas en este tramo y no por ello se les debe privar de una enseñanza lectora (pensemos, por ejemplo, en el caso del niño sordo prelocutivo).

Resumiendo lo dicho hasta ahora, tenemos que la lectura por vía directa supone los siguientes pasos o procesos, siendo necesarios los dos últimos sólo en caso de lectura oral ([ver Gráfico nº 2](#)):

1º. **Análisis visual de la palabra escrita:** procesamiento perceptivo global de la palabra que pretendemos decodificar.

2º. **Reconocimiento de la palabra:** búsqueda y emparejamiento de la palabra procesada con las representaciones almacenadas en el léxico visual.

3º. **Asociación de la palabra reconocida con el significado** o los significados existentes en nuestro sistema semántico.

4º. **Recuperación en el léxico fonológico de la pronunciación** que se corresponda con el significado anterior.

5º. **Producción oral** de la palabra.

Digamos para terminar que no todas las palabras que cuentan con una representación en el léxico visual se reconocen exactamente a la misma velocidad. Este es un modo de lectura muy rápido siempre, pero la velocidad en cada palabra depende, entre otros factores, de la *familiaridad* (es decir, de la frecuencia con que uno se encuentre escrita la palabra), el poco o mucho *tiempo que haga que se haya leído la palabra* en cuestión, su *predictibilidad* en función del contexto en que aparece, la cantidad de “*vecinos ortográficos*” con que cuenta (es decir, de que haya muchas otras palabras parecidas visualmente o no), etc.

1.2. Lectura a través de la ruta fonológica o vía indirecta.

La lectura de palabras por la ruta léxica tiene la gran ventaja de que es un procedimiento rápido y eficiente, que nos permite leer mucho en poco tiempo y con poco esfuerzo, pero tiene el gravísimo inconveniente de que sólo nos permite leer palabras que ya hemos leído con anterioridad y que hemos llegado a memorizar visualmente, de modo que si sólo contásemos con este recurso (es lo que ocurre, por ejemplo, en los sistemas de escritura ideográficos, como el chino tradicional), aprender a leer sería una

tarea virtualmente interminable, cuando la ventaja de los sistemas de escrituras alfabéticas, como el nuestro, es precisamente que con dominar apenas una treintena de reglas es posible leer palabras que uno nunca ha visto antes y entenderlas al procesarlas auditivamente tras haberlas dicho.

Es más, en los sistemas alfabéticos es posible leer palabras como “*prepagante*”, que ni siquiera hemos oído con anterioridad, y entenderlas aplicando nuestros conocimientos sobre la estructura de las palabras en nuestro idioma (*pre*, antes; *pagante*, participio de presente de pagar: el que paga; *prepagante*, el que paga con anterioridad...es decir, todos nosotros con el famoso IRPF de la nómina). Es posible, incluso, leer una palabra sin llegar a entenderla en absoluto.

Y es que los sistemas alfabéticos permiten (para eso se hicieron) el procedimiento que antes denominamos **vía indirecta** o **ruta fonológica** de lectura de palabras, cuyo núcleo central serían la identificación de las letras que forman la palabra y su posterior transformación en sonidos para reconocer lo dicho auditivamente. El procedimiento en cuestión, sin embargo, no es tan simple como sugiere esta breve descripción y como tendemos a pensar hasta el momento en que nos colocamos ante una clase de primero o, más aún, frente a un alumno con esa dificultad de aprendizaje que denominamos “dislexia evolutiva”.

De manera resumida, podemos describir los pasos que implica la lectura por la ruta fonológica o indirecta como sigue ([ver Gráfico nº 3](#)):

1º. **Análisis visual:** En esta ruta, a diferencia de lo que ocurría en la anterior, el análisis visual no es de la palabra como un todo, sino que se centra en cada una de las letras que constituyen la palabra, las cuales son procesadas poco a poco, siguiendo el orden en que aparecen en la palabra.

2º. **Identificación de las letras:** si hemos analizado correctamente las letras y las conocemos, el siguiente paso es la identificación de cada una de ellas al comparar lo que vemos con las formas almacenadas en nuestra memoria

3º. **Asignación de fonemas:** una vez que las letras han sido identificadas, se aplican las reglas de conversión grafema-fonema (RCGF) propias del código alfabético de nuestro idioma y se accede de este modo a los fonemas que codificaban.

4º. **Articulación:** Los fonemas ya activados en el paso anterior son derivados al sistema encargado de su articulación, que la lleva a cabo.

5º. **Análisis auditivo:** al producir oralmente la cadena de fonemas, oímos lo que decimos y realizamos un análisis auditivo de esos estímulos.

6º. **Reconocimiento auditivo de la palabra:** si la secuencia de sonidos que estamos escuchando coincide con alguna de las palabras que forman nuestro vocabulario oral comprensivo, podremos ahora reconocerla.

7º. **Comprensión del significado:** el reconocimiento de lo que oímos como la palabra tal o cual, finalmente, permite el acceso a los significados almacenados en el sistema semántico, la comprensión de la palabra leída.

Como vemos, la ruta indirecta se merece este nombre, dada la gran cantidad de pasos que implica en la mente del lector para llegar desde lo escrito al significado. Pero es que, además, esta descripción está simplificada y, si queremos comprender cabalmente la naturaleza de esta segunda ruta de procesamiento, hay que añadir varias cosas:

-En primer lugar, que el proceso se va realizando de tal manera que no se espera a haber cumplido con todos los pasos en una letra para empezar con la siguiente. Funciona un poco como las etapas contrarreloj en ciclismo: se inicia el proceso con la primera letra y en cuanto se ha dado un paso o dos se inicia con la siguiente... y así sucesivamente, lo que explica que cuanto más largas sean las palabras (por número de sílabas y por número de letras) haya más problemas de lectura.

-En segundo lugar, que esto es especialmente importante que sea así a la hora de aplicar las reglas de conversión, ya que la letra C se convertirá en un fonema u otro según la letra que venga después, al igual que ocurre con la letra G o con la letra R (en este caso, depende de la que haya después y de la que haya antes).

-En tercer lugar, que dado el modo de proceder descrito, es normal que haya un tiempo de demora desde que se reconoce una letra hasta que se le aplica la regla de conversión y desde que se activa un fonema hasta que realmente se produce. Evidentemente, en un lector experto estamos hablando de tiempos de demora de apenas unas milésimas de segundo, pero no es raro que en los lectores novatos y en los que presentan dificultades de aprendizaje ese tiempo se prolongue hasta varias décimas de segundo e, incluso, varios segundos, dando lugar a diferentes problemas.

-En el caso concreto de la articulación de los fonemas, para mantener éstos "frescos" en la memoria a corto plazo lo que se hace es articularlos mentalmente de forma reiterada hasta que llega el momento de articularlos en voz alta, lo que a veces lleva a problemas como la omisión de letras, la sustitución de un fonema por otro parecido o la inversión del orden de las letras en la lectura oral que finalmente observamos.

-Debe observarse que para que se produzca la comprensión cuando leemos por esta vía es necesario no sólo llegar a decodificar bien y en el orden apropiado cada letra, sino escuchar lo leído (es decir, oír y atender a lo que oímos) y reconocerlo al compararlo con las representaciones auditivas que poseemos de las palabras (si usted es andaluz y lee [‘oya], ¿cómo saber auditivamente si se trata de un objeto ornamental de gran valor o de un utensilio de cocina?).

1.3. Problemas en las rutas de lectura de palabras.

La abundante investigación existente sobre lectura de palabras pone de manifiesto que un lector experto tiende a utilizar de manera eficaz las dos rutas de procesamiento descritas, si bien la ruta directa o léxica es la más utilizada. Cuando la familiaridad de las palabras decrece, se produce una alternancia de dominio, en este caso a favor de la utilización de la vía

indirecta o fonológica.

A ello debemos añadir que el lector experto tiende a preferir una u otra ruta en función de su objetivo al leer, de modo que, por ejemplo, al leer un poema o al tratar de memorizar literalmente puede decantarse por leer por ruta fonológica, mientras que al consultar una entrada en una enciclopedia es probable que se incline más por la ruta directa.

Las ventajas que el lector experto obtiene de esta situación son grandes, ya que cuando se lee por ruta directa no suele haber problemas de “mecánica” lectora: la velocidad es alta y se consigue un buen ritmo lector, al ser la identificación global de las palabras lo que más repercute sobre ambas variables. En realidad, el único error que podemos esperar que se cometa al leer por vía directa son las sustituciones de palabras poco familiares para el lector por otras más familiares para él o ella, es decir, los *reconocimientos en falso* ocasionados por el parecido visual entre las palabras escritas y porque las palabras más familiares precisan una menor cantidad de estimulación para ser reconocidas (sería el caso de sustituir “lobo” por “lodo” o “carta” por “cartel”).

La lectura por vía indirecta o fonológica, en cambio, es bastante más lenta y, si no está muy automatizada, dificulta el ritmo de lectura, ya que exige reconocer y decodificar todas las letras que constituyen la palabra una a una, oralizarlas y recombinarlas para poder escuchar la palabra, con lo cual el tiempo de reconocimiento es mucho mayor que cuando se reconoce la palabra de golpe.

Esa mayor complejidad de la vía indirecta, sin embargo, no afecta sólo a la velocidad y el ritmo, sino que facilita la aparición de otros problemas añadidos, originados por la sobrecarga de exigencias que leer de este modo implica para nuestro sistema cognitivo (leer por vía indirecta requiere mucha más atención y esfuerzo, además de un uso mayor de la memoria a corto plazo, que hacerlo por vía directa).

Así, cuando las fallas se encuentran en los procesos de análisis visual y de reconocimiento de las letras, no es raro que se sustituyan ciertas letras por otras cuando las grafías se parecen mucho (m/n, u/n, w/m, d/b, p/q, i/l).

Otro tipo de sustitución diferente se basa en que las reglas de conversión grafema-fonema (RCGF) no presentan todas el mismo grado de dificultad desde el punto de vista de su adquisición y aplicación. Mientras que la letra “p”, por ejemplo, siempre suena /p/, no le ocurre lo mismo a la letra “c”, ni a la “g”, ni a la “r”, por lo que no es raro que estas letras, que conllevan un mayor nivel de dificultad en su adquisición, provoquen en muchas ocasiones sustituciones de g/j, g/gu, r/rr, etc.

Otra de las dificultades que genera la aplicación de las RCGF es el relacionado con su nivel de automatización. Dos individuos pueden conocer el repertorio completo de reglas que les permiten transformar las letras en sonido, pero uno de ellos tiene un gran nivel de dominio y es capaz de realizar el proceso de manera automática, sin dedicar un gran esfuerzo a la tarea; el otro, por el contrario, no ha adquirido aún ese nivel de precisión, por lo que en ocasiones duda, o, incluso, se equivoca, aunque rápidamente percibe su error y rectifica.

En este segundo caso se van a producir ciertos errores que afectan a la fluidez de la lectura (y, por ello, a la velocidad y al ritmo de lectura): repeticiones de letras o sílabas, posibles silabeos, rectificaciones, fragmentaciones de palabras.

Finalmente, y como ya sugerimos hace un momento, al verse obligado el lector a mantener en su memoria a corto plazo los fonemas decodificados hasta que se produce la lectura oral, cuando este período de mantenimiento se alarga por cualquier motivo (desde la escasa competencia del lector hasta la longitud de las palabras que se están leyendo) no es extraño que se omitan alguna letras (en especial la i y la u en diptongos, la l y la r en posición intermedia y las consonantes en posición final de sílaba), que se altere el orden en la secuencia (como cuando se lee *colodaro* por *colorado*, *Grabiel* por *Gabriel* o *nos* por *son*) o que se sustituya un determinado fonema por otro fonológicamente muy similar (por ejemplo, aunque es cierto que la letra “d” y la letra “b” se parecen visualmente, aún más se parecen entre sí los fonemas que representan una y otra, pues la primera representa la oclusiva, dental, sonora y la segunda la oclusiva, bilabial, sonora, de modo que no es raro que, ocasionalmente, se sustituya el uno por el otro).

2. MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS: COMPRENSIÓN LECTORA

Sin duda, las dificultades más graves de aprendizaje en el ámbito de la lectura se dan en la adquisición de las dos vías anteriores, ya que cuando éstas están afectadas no es posible ni decodificar lo escrito ni, evidentemente, comprenderlo. Sin embargo, es perfectamente posible que un lector llegue a ser capaz de decodificar las palabras y que, pese a ello, no sea capaz de comprender, al menos con el nivel suficiente como para emplear instrumentalmente la lectura (para estudiar, para informarse...): es lo que comúnmente se llama “*analfabetismo funcional*”.

Y es que el “procesamiento léxico”, de las palabras, es necesario para llegar a entender el texto escrito, pero no es suficiente: el lector tiene que procesar las oraciones y el propio discurso. Desde luego, buena parte de las habilidades necesarias para este nuevo procesamiento son comunes en la lengua oral y la escrita, pero los textos escritos presentan peculiaridades que los hacen necesario dominar otras habilidades complementarias.

En general, el texto escrito es más formal que el discurso oral (se escribe, como decía Benveniste, con “el lenguaje de los domingos”), lo que supone estructuras sintácticas normalmente más complejas, un mayor uso de palabras funcionales, etc. Además, cuando leemos no contamos con las matizaciones y precisiones que un interlocutor va haciendo al observar nuestras reacciones, con el fin de facilitar nuestra comprensión, de modo que la comprensión se hace más ardua. Todo ello obliga al lector a una serie de procesos complementarios a los anteriores, en parte iguales a los que emplea al oír el lenguaje hablado y en parte diferentes, que si no domina y aplica correctamente impiden una comprensión adecuada ([ver Gráfico nº 4](#)).

2.1. Comprender las oraciones.

Evidentemente, una parte de esos procesos son los que tienen que ver con el procesamiento de las oraciones, que constituirían realmente la unidad mínima de sentido al leer. Cada oración tiene una forma lingüística determinada que encierra una proposición, una idea podríamos decir, de modo que el lector debe ser capaz de llegar desde la forma lingüística externa

a la proposición que subyace en ella, lo que implica determinar cómo están relacionadas entre sí las palabras dentro de la oración y cuáles son sus respectivos roles sintácticos para, finalmente, construir la proposición subyacente.

Por supuesto, realizar esos procesos es bastante más fácil cuando las oraciones tienen una forma lingüística que coincide plenamente con la proposición subyacente, como en el caso de “El cielo es azul”, y se complica cuando forma lingüística y proposición no coinciden, como es el caso de las oraciones en pasiva (“El hueso es comido por el perro”) o de aquéllas en las que la forma externa adopta una formulación en negativo, aunque también influyen en esta dificultad factores como la existencia de ambigüedades morfosintácticas (¿quién es el sujeto de “viajaban” en la oración “Los García vieron las cigüeñas cuando viajaban hacia el sur?”), el uso de referencias realizadas mediante palabras funcionales (el cual, cuyo, aquél,...) y otros muchos.

¿Cómo puede el lector llegar a comprender correctamente una oración dadas estas circunstancias? Aunque desde el punto de vista teórico aún quedan muchas cuestiones por resolver en relación con este tema, podemos considerar que el procesamiento de una oración comprende tres operaciones principales:

- a) Asignación de las etiquetas correspondientes a las distintas áreas de palabras que componen la oración (sintagma nominal, verbo, frase subordinada, etc.).
- b) Especificación de las relaciones existentes entre estos componentes.
- c) Construcción de la proposición correspondiente, mediante ordenamiento jerárquico de los componentes.

Al encontrar, por ejemplo, la oración “El perro asustó al gato negro”, el lector tiene que asignar el papel de sujeto al sustantivo “perro”, el papel de objeto a la palabra “gato” y añadir el calificativo de “negro” al sustantivo “gato” y, además, tiene que construir una estructura sintáctica del sujeto-verbo-objeto. Si no se realizan estas operaciones, o si esto se hace de forma incorrecta, el material será difícil de comprender o se comprenderá de forma errónea.

Aunque a veces se piense que sí, en realidad el proceso realizado no es exclusivamente sintáctico, sino que va entremezclando el análisis de la sintaxis de la oración propiamente dicho con un procesamiento de su significado basado en el conocimiento de que uno dispone, a partir de su

experiencia, como podemos ver al analizar la oración “Los García vieron los Montes de Toledo cuando viajaban hacia el sur”: sintácticamente es equivalente al anterior ejemplo en donde se hablaba de cigüeñas, pero como sabemos que las montañas no vuelan en este segundo ejemplo no hay ambigüedad alguna sobre quién es el sujeto de “viajaban”.

Al procesar una oración, por tanto, están presentes tanto procesos sintácticos como semánticos, basados en el conocimiento que posee el lector, el cual utiliza una serie diversa de claves para llevar a cabo las tres operaciones que mencionamos hace un momento. Concretamente, claves como las siguientes:

- a) *El orden de las palabras*: En castellano, el orden de las palabras proporciona información sobre su papel sintáctico, por ejemplo está establecido que si no hay ninguna preposición o indicador de lo contrario, el primer nombre hace de sujeto y el segundo de objeto: María besó a Luis.
- b) *Las palabras funcionales*: Preposiciones, artículos, conjunciones, juegan un papel principalmente sintáctico, ya que informan de la función de los constituyentes más que de su contenido. Una palabra funcional generalmente indica que un nuevo constituyente sintáctico está comenzando; así, los artículos señalan el comienzo de un sintagma nominal, las preposiciones el de un complemento circunstancial, etc.
- c) *El significado de las palabras*: El significado de las palabras es en muchos casos una clave importante para conocer su papel sintáctico. Así en las oraciones formadas por verbos animados sabemos que ciertos sustantivos no pueden hacer de sujeto, siendo con frecuencia éste el único recurso para aclarar el mensaje en muchas oraciones ambiguas.
- d) *Los signos de puntuación, las pausas y la entonación*. Mientras que en el lenguaje hablado los límites de las frases y oraciones vienen determinados por las pausas y la entonación, en el lenguaje escrito son los signos de puntuación los que indican estos límites.

Presumiblemente, esas claves no se emplean todas al mismo tiempo, sino que el lector procede en dos fases sucesivas: en un primer momento, al segmentar la oración en sus correspondientes sintagmas, influirían únicamente el orden de las palabras, su categoría gramatical y los signos de puntuación; a continuación, al asignar a cada sintagma su papel temático, se tendría en cuenta la información semántica para determinar la proposición subyacente

2.2. Comprender los textos.

Con los procesos que hemos descrito hasta ahora es posible la comprensión de palabras y de frases escritas, pero lo que leemos habitualmente son “fragmentos” de mayor entidad significativa (párrafos, textos, etc.), por lo que para comprenderlos adecuadamente hacen falta algunas habilidades más.

Para poder entender bien en qué consisten tales habilidades, debemos tener en cuenta que la comprensión lectora no surge sin más del propio

texto, sino que exige un complejo proceso interactivo entre lo que éste dice y los conocimientos previos del lector: comprender es *construir* una representación mental del contenido del texto al relacionar éste con los propios conocimientos, lo que implica que no puede haber comprensión si el lector no adopta un papel mentalmente activo (o si, adoptando ese papel, carece de los conocimientos previos necesarios para procesar el texto).

Para comprender, por ejemplo, algo tan simple como las oraciones “Luis ha sido invitado a la fiesta de Isabel y se pregunta si a ella le gustaría una cometa”, es preciso que uno disponga de un cierto conocimiento relacionado con las fiestas de cumpleaños en nuestra cultura, y quien escribe lo hace ya asumiendo que sus potenciales lectores tendrán unos conocimientos u otros: el autor de un texto establece un “pacto” entre la información que aporta y la que da por sobreentendida en función del conocimiento que supone a sus lectores, de modo que si su presunción responde a la realidad del receptor no habrá dificultades para la comprensión, mientras que la comprensión se verá enormemente dificultada si no es así.

En cualquier caso, no importa sólo que el lector disponga de los conocimientos previos necesarios, que se encuentran almacenados en su memoria en forma de “esquemas”, sino que los active a la hora de leer, esto es, que efectivamente relacione lo leído con lo que ya conoce, que utilice el esquema apropiado para interpretar la nueva información.

En definitiva, pues, la comprensión requiere que el lector realice el acceso al léxico de una manera eficiente y que procese las oraciones de forma correcta, pero también que haga un esfuerzo por relacionar lo que va leyendo con su conocimiento previo, ya que es el establecimiento de estas relaciones lo que le permitirá elaborar una representación adecuada del significado del texto. No obstante, para entender de dónde surgen las dificultades de comprensión lectora hemos de tener en cuenta aún algunos factores más, como son el reconocimiento y uso de la “estructura retórica” del texto y los procesos implicados en la síntesis de la información relevante.

En cuanto al primero de estos factores, son numerosos los estudios que han dejado claro que el buen lector utiliza su experiencia con las diversas estructuras organizativas de los textos para, cuando se enfrenta a un texto dado, identificar cuál es su estructura retórica y utilizarla como una especie de molde en el que ir organizando la información decodificada, mientras que el lector con pobre comprensión no suele realizar este proceso.

Por ejemplo, sabemos que los cuentos suelen seguir una *gramática* (estructura retórica) estándar: al principio, se nos presentará un escenario y unos personajes y se expondrá un acontecimiento; a continuación se narrará una aventura en la que los personajes tratarán de resolver la situación creada por ese acontecimiento y, finalmente, habrá una resolución de la historia. Gracias a nuestra amplia experiencia con este tipo particular de texto, todos nosotros hemos llegado a crear una estructura mental con ese esquema, de modo que al leer un cuento la utilizamos como una especie de “andamio mental” sobre el que identificar y ordenar las ideas relevantes será mucho más fácil.

La cuestión es que la muy extensa investigación sobre esta materia ha podido demostrar que, al igual que en el caso de los cuentos, también en el de los textos expositivos (textos elaborados para la transmisión de conocimientos) existen esas estructuras organizativas o estructuras retóricas, así como que su conocimiento, identificación y uso es uno de los factores que más diferencia al lector competente del lector con pobre comprensión.

Evidentemente, tales estructuras expositivas no son arbitrarias, sino que responden siempre a la intención que persigue el autor al redactar su texto. Así, un autor puede perseguir exponer la secuencia de acontecimientos propios de un proceso, explicar las causas por las que se producen determinados fenómenos, comparar las diferencias y/o semejanzas entre determinados fenómenos o categorías... lo que dará lugar a la existencia de los siguientes tipos de textos, de estructuras retóricas expositivas:

- § Los *textos temporales* muestran una serie de sucesos ordenados secuencialmente en torno a un proceso temporal. Los textos de estas características se podrían resumir a partir de una frase que recoja el tema central y una síntesis de los hechos que guardan una relación temporal con éste.
- § Los *textos enumerativos* presentan una estructura similar a la anterior, si bien, se distinguen de los anteriores por el hecho de que los elementos enumerados no guardan entre sí una relación temporal, sino una simple asociación en base a que comparten una serie de características, o bien son tipos o clases de un concepto más general.
- § Los *textos causativos* expresan una relación de causalidad entre sus ideas, es decir, aparecerán hechos o acontecimientos que serán la causa o antecedente de otras que aparecerán como el efecto o consecuencia de aquéllas.
- § Los *textos comparativos* exponen relaciones de semejanzas y diferencias de dos seres u objetos, al menos, que están siendo contrastados en torno a una serie de tópicos comunes.
- § Los *textos problema-solución* recrean la existencia de un determinado problema para el que argumentan la existencia de una o varias soluciones posibles destinadas a la eliminación de la situación problemática.
- § Los *textos descriptivos*, como su nombre indica, son aquellos que se dedican a proporcionar información acerca de un determinado tópico, presentando atributos, especificando características, ambientes o formas de actuación.

En cuanto a los procesos que permiten la síntesis de la información fundamental del texto, como pusieron de manifiesto Kintsch y Van Dijk, son bastante complejos e implican, al menos, los siguientes pasos: (1) el lector elabora la lista secuencial de todas las proposiciones que forman el texto, denominada en la jerga técnica "texto base" o "microestructura" del texto; (2) sobre ese texto base, completo, aplica diversas estrategias de reducción de la información para formar el texto resumido, la denom

“macroestructura” del texto.

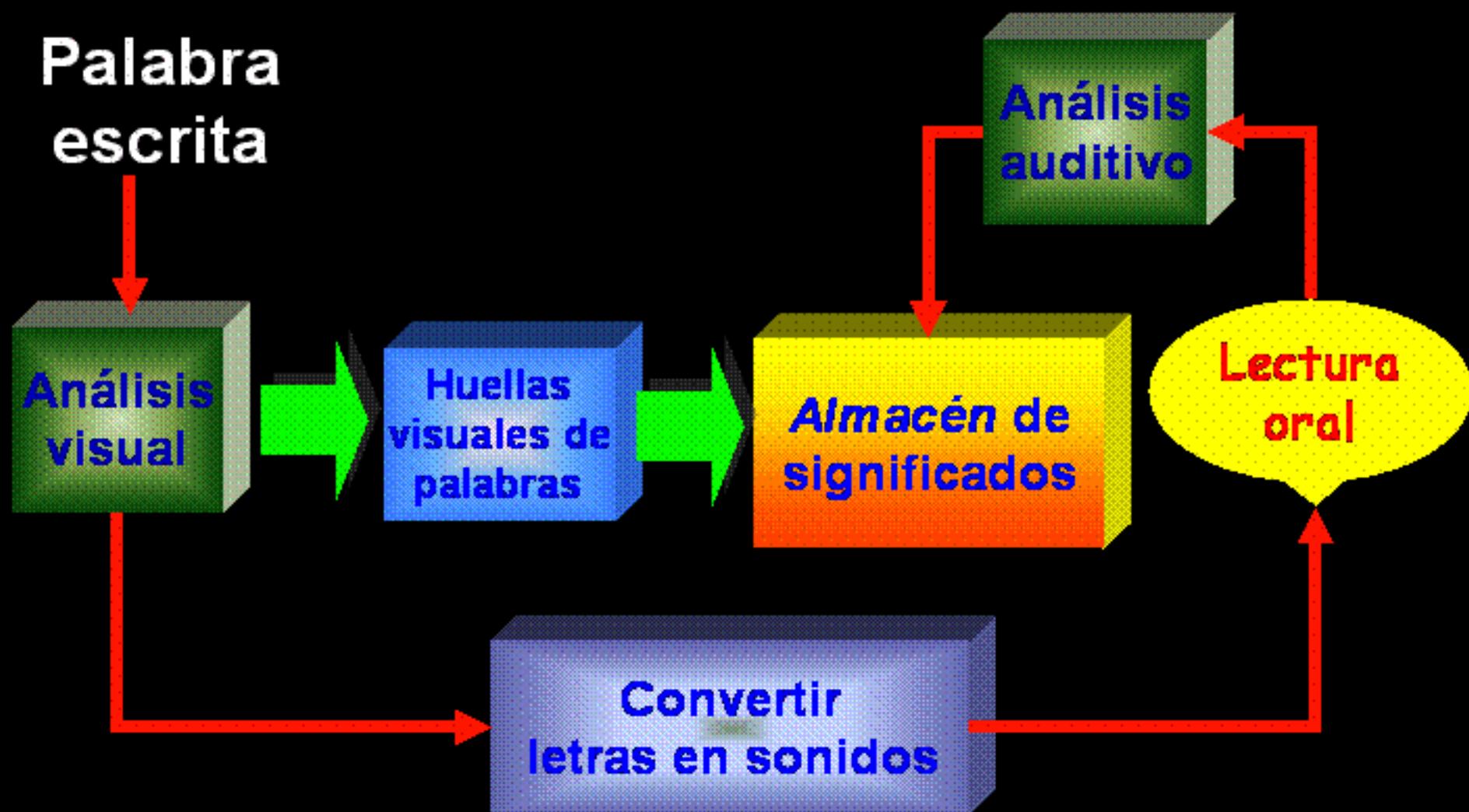
En el primero de esos pasos es fundamental que el lector sea capaz de relacionar cada proposición con la siguiente, identificando lo que tienen en común, para que el texto resulte coherente, siendo el principal obstáculo en este momento la identificación de las correferencias que el autor ha redactado usando palabras funcionales. Por ejemplo, para entender la oración “*cuyo padre era un alto funcionario de la Corte*”, el lector debe relacionar el relativo cuyo con un sustantivo presente en la oración anterior, y lo mismo ocurre cuando en una oración aparecen palabras como *el cual, este, antedicho, aquello, ellos, etc.*

En cuanto al segundo, el lector puede elaborar la macroestructura que sintetiza el texto usando alguna (o algunas) de las siguientes estrategias:

- a) *Estrategia de supresión o borrado*: lo primero que deberíamos realizar para acceder al contenido de un texto sería suprimir todas aquellas proposiciones que no aportan nada especial al contenido básico del mismo. En ocasiones, el escritor ha introducido en el texto una oración temática, es decir, una oración que podría considerarse la idea principal de éste, la estrategia de supresión consiste en quedarse con ella y eliminar las demás proposiciones del párrafo en cuestión, por lo que podría considerarse más bien como una estrategia de selección que de borrado.
- b) *Estrategia de generalización*: una vez que se ha eliminado la información superflua, el objetivo debe ser sustituir toda una secuencia de proposiciones por una más general que las incluya a todas. Por ejemplo, si se han seleccionado una serie de proposiciones tales como buscar el gato, aflojar los tornillos, extraer el repuesto...podríamos resumirlas con una proposición como “se cambió la rueda pinchada”.
- c) *Estrategia de construcción*: consiste en elaborar creativamente una oración capaz de resumir todas las proposiciones de un párrafo cuando en éste no hay una oración temática explícita.

Como habrá podido comprender, son estas estrategias las que nos permiten identificar las ideas principales, relacionar las secundarias con ellas, resumir el texto a un argumento, etc. Así, vemos que la expresión antes utilizada para hablar de lo que es la comprensión (*construir* una representación mental del significado del texto) no es una mera metáfora: comprender un texto no es “sacar” lo que éste dice, sino elaborar activamente el significado aplicando complejos procesos mentales e integrando la información puramente textual con lo que uno sabe del tema sobre el que se habla.

Es por ello por lo que para comprender resulta tan importante que el lector se plantee objetivos concretos de lectura, revise paulatinamente lo que va creyendo entender, aplique estrategias de comprobación y de corrección de errores de comprensión, etc. En definitiva, que aborde la lectura casi como un proceso de solución de problemas en el que debe continuamente ir poniendo en juego estrategias apropiadas.



**Palabra
escrita**



**Comparar las formas que
estoy viendo con las
imágenes de las palabras
escritas que he guardado
en mi memoria visual**

**Una vez reconocida la
palabra, activar el
significado que le tengo
asignado en mi memoria**

**Palabra
escrita**

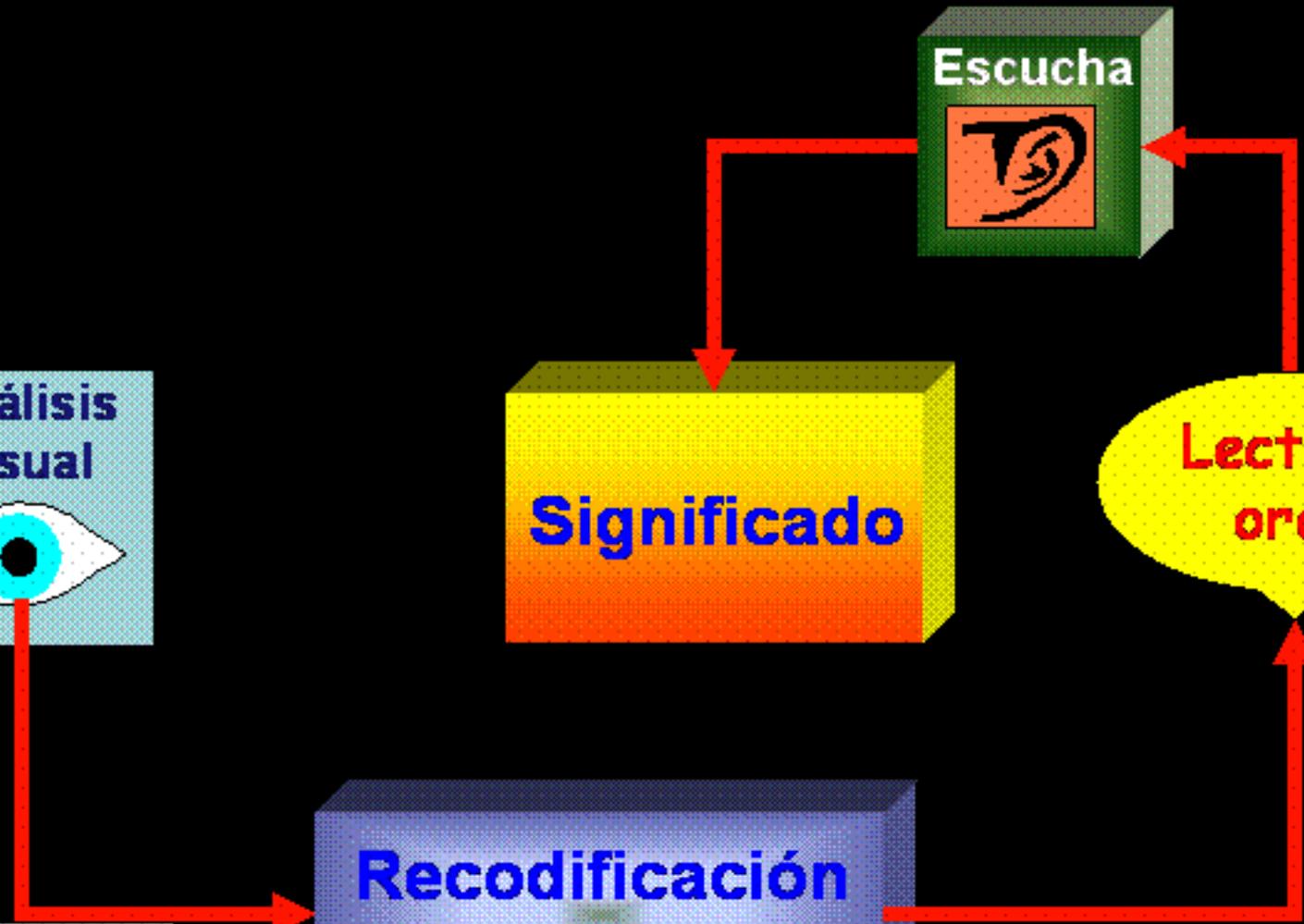


Comparar las letras con las formas que hay en MLP

Aplicar las reglas de conversión G-F

Producir los fonemas y recombinarlos

Mantener esa información en la memoria



Comprensión textos

Metas
Estrategias
Supervisión

Procesos
de Auto-
regulación

implica

Procesamiento oraciones

Pragm.

Semánt.

Morfo-
Sint.

Procesamiento del texto

Construcción de
"texto base"

es base de

Construcción de
representación
global del texto

se ve
facilitada
por

Estructura retórica

Facilit. extratextuales

Base de
Conocimiento
(M.L.P.)

